

## CAPÍTULO VI

### DEL EJERCICIO

**D**IFÍCIL es que el raciocinio y la instrucción, aunque nuestras creencias se apliquen a ello con ahínco, sean bastante poderosos como para encaminarnos hasta la acción si además no ejercitamos y formamos nuestro espíritu con la experiencia, en la conducta que queremos que siga: de otra forma, cuando llegue momento de los hechos, se verá sin duda impedido. He aquí por qué los filósofos que quisieron llegar a ser excelentes, no se contentaron con esperar a cubierto y descansando los rigores del destino, temiendo que éste les sorprendiera aún inexpertos y nuevos en el combate; por el contrario, fuéronle al encuentro y lanzáronse voluntariamente a la prueba de las dificultades. Unos dejaron riquezas para ejercer una pobreza voluntaria; otros buscaron el trabajo y una vida penosa y austera para curtirse en el esfuerzo; otros priváronse de las partes del cuerpo que les eran más caras, como los ojos y los miembros propios para la generación, por miedo a que su uso, por ser demasiado agradable y placentero, relajara y ablandara la firmeza de su alma. Mas no puede ayudarnos la práctica a morir, que es la más grande tarea que hayamos de hacer. Podemos, por costumbre y experiencia, fortalecernos contra el dolor, la vergüenza, la indigencia y otros accidentes semejantes; mas por lo que respecta a la muerte, sólo podemos probarla una vez; todos somos aprendices cuando nos llega.

Antaño existieron hombres tan excelentes gerentes del tiempo, que intentaron saborear y gustar incluso de la muerte, y tensaron su espíritu para ver cómo era aquel trance; mas no volvieron a darnos noticias:

nemo expergitus extat  
Frigida quem semel est vitai pausa sequunta<sup>1</sup>.

 Cano Julio, noble romano, de virtud y firmeza singular, habiendo sido condenado a muerte por aquel bribón de Calígula, además de dar otras muchas pruebas maravillosas de resolución, al preguntarle un filósofo amigo, cuando el verdugo estaba a punto de ponerle la mano encima: ¿En qué estado se halla en esta hora vuestra alma? ¿Qué hace? ¿En qué pensamientos estáis ocupado?, respondió: Pensaba en estar preparado y con todas mis fuerzas en tensión, por ver si en este instante de la muerte, tan corto y breve, puedo percibir algún movimiento del alma, y si ésta siente de algún modo su salida, para volver después, si puedo, a advertir a mis amigos, si entro en conocimiento de algo. Éste filosofa no sólo hasta la muerte, sino en la muerte misma. ¡Qué seguridad y qué soberbio valor, el querer que su muerte le sirviese de lección, y el poder pensar además en asunto tan importante!

Ius hoc animi morientis habebat<sup>2</sup>.

Paréceme sin embargo que hay alguna manera de familiarizarnos con ella, de ensayarla en cierto modo<sup>3</sup>. Podemos experimentarla, si no entera y totalmente, sí al menos de forma que no sea inútil, de forma que nos haga más fuertes y seguros. Si no podemos alcanzarla, podemos acercarnos a ella, podemos reconocerla; y si no llegamos hasta la fortaleza, al menos veremos e inspeccionaremos sus caminos. No sin razón se nos hace considerar nuestro propio sueño, por el parecido que tiene con la muerte. ¡Cuán fácilmente pasamos del velar al dormir! ¡Con qué poco interés perdemos la consciencia de

---

<sup>1</sup> «Nadie que haya experimentado el frío reposo de la muerte se vuelve a despertar» (Lucrecio, III. 942-943).

<sup>2</sup> «Moribundo, conserva aún el dominio del alma» (Lucano, *Farsalia*, VIII. 636).

<sup>3</sup> Obsérvese la lúcida conciencia de Montaigne ante la rica estructura semántica de los términos «ensayo» y «ensayar». «Ensayo», en este caso como sinónimo de prueba, experimentación e incluso ejercicio, como lo indica el título del capítulo.

la luz y de nosotros mismos! Quizá podría parecer inútil y contra natura la facultad del sueño que nos priva de toda acción y de todo sentimiento, si no fuera porque por medio de éste nos enseña la naturaleza que nos ha creado igualmente para morir que para vivir, y ya en vida nos presenta el eterno estado que nos reserva para después, y así acostumbrarnos y librarnos del temor.

Mas aquellos a los que por algún violento accidente, falló el corazón, perdiendo así todo sentido, éstos, a mi parecer, estuvieron muy cerca de ver su verdadero y auténtico rostro; pues, en cuanto al instante y punto mismo del paso, no es de temer que lleve consigo ningún dolor o malestar, puesto que no podemos tener sensación alguna si carecemos de tiempo para ello. Nuestros sufrimientos necesitan de tiempo, el cual es tan corto y precipitado en la muerte, que ha de ser forzosamente imperceptible. Es el acercarnos a ella lo que hemos de temer, y esto sí puede ser susceptible de experiencia.

Muchas cosas nos parecen más grandes en la imaginación de lo que en realidad son. Pasé gran parte de mi vida en perfecta y entera salud: y digo no sólo entera, sino alegre y rebosante. Este estado lleno de frescura y de fiesta hacía me considerar la enfermedad como cosa tan horrible que, cuando llegué a padecerla, hallé blandos y débiles sus ataques, en comparación con mis temores.

Y he aquí lo que me pasa a menudo: estoy a cubierto y caliente en una buena habitación, mientras fuera hace una noche de tormenta y tempestad, me apeno y me aflijo por aquellos que están entonces en el campo; cuando yo mismo estoy allí, no deseo en modo alguno estar en otra parte.

Sólo el estar siempre encerrado en un aposento parecíame insoportable; vime obligado a permanecer así una semana, y un mes, febril, alterado y lleno de debilidad; y pensé que, estando sano, compadecía a los enfermos mucho más de lo que me compadezco a mí mismo cuando la salud me viene a faltar, y que la fuerza de mi aprensión aumentaba en casi el doble la esencia y verdad de la realidad. Espero que lo mismo me ocurra con la muerte, y que sean innecesarios tantos preparativos como hago y tantos apoyos como busco y reúno

para soportar el trance; mas, de todos modos, no podemos hacernos demasiadas ilusiones.

Durante nuestras segundas o terceras revueltas<sup>4</sup> (no recuerdo bien), habiendo ido un día a pasearme a una legua de mi casa, que está situada en el meollo<sup>5</sup> de toda la agitación de las guerras civiles de Francia, pensando estar totalmente seguro y tan cerca de mi refugio que no necesitaba mejores pertrechos, cogí un caballo cómodo, mas en absoluto resistente. A la vuelta, habiéndoseme presentado la súbita ocasión de servirme de este caballo para un servicio al que no estaba muy acostumbrado, uno de mis criados, alto y fuerte, montado en un poderoso rocín que tenía una boca muy dura, fresco aún y vigoroso, para hacerse el atrevido y sacar ventaja a sus compañeros, dio en azuzarlo como una flecha en dirección mía, dándole rienda suelta, abalanzose como un coloso sobre este hombrecillo y su caballito, y cayó sobre él con todo su impulso y su peso, lanzándonos a uno y a otro con las patas por alto: de manera que he aquí al caballo derribado y tumbado, muy aturdido, y heme a mí diez o doce pasos más allá, muerto, tendido boca arriba, con el rostro lleno de arañazos y magulladuras, la espada que en la mano tenía a más de diez pasos, el ceñidor destrozado, sin más movimiento ni sentido que un tocón. Es el único desvanecimiento que haya padecido hasta ahora. Los que conmigo estaban, tras intentar por todos los medios a su alcance hacerme volver en mí, creyéndome muerto, cogiéronme en brazos, y con gran dificultad lleváronme a mi casa, que distaba de allí una legua francesa. Por el camino, y tras haberme dado por muerto durante más de dos largas horas, empecé a moverme y a respirar; pues había caído tanta cantidad de sangre en mi estómago, que, para descargarlo, la naturaleza hubo de resucitar mis fuerzas. Pusiéronme de pie y devolví entonces un cubo entero de borbotes de sangre pura, habiendo de hacer lo mismo varias veces en el camino. Así empecé a recuperar algo de vida, mas tan

---

<sup>4</sup> La segunda guerra de religión había empezado en 1567 y la tercera terminó en agosto del 1570.

<sup>5</sup> Efectivamente, el castillo de Montaigne estaba rodeado de dominios protestantes.

poco a poco y tardando tanto, que mis primeras sensaciones estaban mucho más cerca de la muerte que de la vida,

Perche, dubbiosa anchor del suo ritorno,  
Non s'assecura attonita la mente<sup>6</sup>.

Este recuerdo que tengo grabado fuertemente en mi alma y que me trae a la imaginación su rostro y su idea tan cerca del natural me reconcilia en cierto modo con ella. Cuando empecé a ver, fue con vista tan turbia, tan débil y tan muerta, que no discernía aún más que la luz,

come quel ch'or apre or chiude.  
Gli occhi mezzo tra'l sonno è l'esser desto<sup>7</sup>.

En cuanto a las funciones del alma, nacían siguiendo el mismo proceso que las del cuerpo. Vime todo ensangrentado, pues mi jubón estaba manchado por todas partes de la sangre que había devuelto. La primera idea que me vino fue que me habían dado un arcabuzazo en la cabeza; efectivamente, al mismo tiempo disparaban a nuestro alrededor. Parecíame que sólo me quedaba vida en los labios; cerraba los ojos para ayudar a empujarla fuera, o eso me parecía, y disfrutaba languideciendo y dejándome llevar. Era una idea que nadaba sólo superficialmente en mi alma, tan suave y débil como lo demás, mas en verdad que no sólo exenta de malestar, sino incluso mezclada con esa dulzura que sienten los que se deslizan al sueño<sup>8</sup>.

---

<sup>6</sup> «Pues el alma abatida, insegura de su vuelta, no puede reafirmarse» (Tasso, *Jerusalén liberada*, XII. 74).

<sup>7</sup> «Como un hombre que, medio despierto y medio dormido, tan pronto abre como cierra los ojos» (*ibidem*, VIII. 26).

<sup>8</sup> No sólo cabe poner en relación este accidente sufrido por Montaigne con el que dos siglos más tarde sufriría Rousseau, al ser derribado por un perro a la bajada de Ménilmontant (cfr. J.-J. Rousseau, *Les Rêveries du promeneur solitaire*, París, Gallimard, col. Folio, 1972, pág. 47), sino que asimismo las descripciones que ambos autores hacen del estado de semi-inconsciencia en el que se encontraron tras sus respectivas caídas se asemejan curiosamente con la que Michel Leiris nos ofrece en el tercer libro de su tetralogía *La Règle du Jeu*, al narrar su intento fallido de suicidio (cfr. Michel Leiris, *Fibrilles*, París, Gallimard, NRF, 1966, págs. 113 y ss.).

Creo que aquellos a los que vemos desfallecidos de debilidad en la agonía de la muerte hállanse en este mismo estado; y considero que los compadecemos sin motivo, pensando que graves dolores los agitan o que penosos pensamientos les atormentan el alma. Siempre fui de la opinión, con  la de muchos e incluso contra la de Esteban de La Boétie, de que esos a los que vemos así, postrados y adormecidos al acercarse a su fin, o abrumados por la duración del mal, o por el ataque de una apoplejía, o mal caduco,

vi morbi saepe coactus  
Ante oculos aliquis nostros, ut fulminis ictu,  
Concidit, et spumas agit; ingemit, et tremit artus;  
Desipit, extentat nervos, torquetur, anhelat,  
Inconstanter et in iactando membra fatigat<sup>9</sup>,

o heridos en la cabeza, a los que oímos a veces mascullar y proferir cortantes suspiros, a pesar de que de todo ello saqueamos algunos signos por los que pueda parecer que aún les queda cierto conocimiento, y aunque les veamos hacer algunos movimientos con el cuerpo; siempre pensé, digo, que tenían el cuerpo y el alma enterrados y dormidos:

Vivit, et est vitae nescius ipse suae<sup>10</sup>.

Y no podía creer que con tan grande atrofia de miembros y tan grande desfallecimiento de los sentidos, pudiera el alma conservar alguna fuerza interior para reconocerse; creyendo por lo tanto que no tenían pensamiento alguno que les atormentara ni que pudiera hacerles juzgar y sentir la miseria de su situación, y que, por consiguiente, no habíamos de compadecerlos demasiado.

No puedo imaginar ninguna situación tan horrible e insostenible para mí como la de tener el alma viva y afligida sin

---

<sup>9</sup> «A menudo ante nuestros ojos, abatido por un mal repentino, como fulminado por el rayo, alguien cae echando espuma por la boca; gime y sus miembros tiemblan; delira, sus músculos se endurecen, se debate, jadea y se agota en movimientos constantes» (Lucrecio, III. 485 y ss.).

<sup>10</sup> «Vive, inconsciente de su propia vida» (Ovidio, *Tristes*, I. III. 12).

medios para expresarse; como diría de aquellos a los que envían al suplicio tras haberles cortado la lengua, si no fuera porque en esa clase de muerte la más callada pareceme la más conveniente, si va acompañada de un rostro firme y grave; y de esos desgraciados prisioneros que caen en manos de soldados, villanos verdugos de esta época, los cuales les atormentan con toda suerte de crueles tratos para exigirles algún rescate excesivo e imposible y los mantienen mientras tanto en condiciones y lugares donde carecen de todo medio para expresar y significar sus pensamientos y sus miserias.

Imaginaron los poetas algunos dioses favorables a la liberación de aquellos que arrastraban así una muerte interminable,

hunc ego Diti  
Sacrum iussa fero, teque isto corpore solvo<sup>11</sup>.

Y las deshilvanadas palabras y las cortas respuestas que les arrancan a fuerza de gritarles en los oídos y de sacudirlos violentamente, o los movimientos que parecen consentir en cierto modo a lo que se les pide, no son prueba de que vivan, al menos una vida total. Así nos ocurre en los balbuceos del dormir, antes de que se haya apoderado completamente de nosotros, el sentir como en sueños lo que pasa a nuestro alrededor, y seguir las voces con oído turbio e incierto que parece estar en los límites del alma; y damos respuestas a las últimas palabras que nos han dicho, con más fortuna que sentido.

Y ahora que lo he padecido por experiencia, no tengo ninguna duda de haber juzgado bien hasta este momento. Ya que primero, desvanecido como estaba, esforzábame por entreabrirme el jubón con las uñas (pues estaba desarmado) y sé que no tenía idea alguna de que algo me hiriera: pues hay muchos movimientos en nosotros que no parten de nuestra voluntad.

---

<sup>11</sup> «Obedeciendo la orden de los dioses, llevo este caballo a Plutón y te libero de tu cuerpo» (Virgilio, *Eneida*, IV. 701-702).

Semianimesque micant digit ferrumque retractant<sup>12</sup>.

Los que se caen echan los brazos hacia delante en su caída, por un impulso natural que hace que nuestros miembros desarrollen funciones y tengan movimientos ajenos a nuestro razonamiento:

Falciferos memorant currus abscidere membra, [...]  
Ut tremere in terra videatur ab artubus id quod  
Decidit abscissum, cum mens tamen atque hominis vis  
Mobilitate mali non quit sentire dolorem<sup>13</sup>.

Tenía el estómago cargado de sangre coagulada y recorríanlo mis manos por sí solas, como hacen a menudo cuando una parte nos pica, en contra de nuestra voluntad. Hay varios animales e incluso hombres, cuyos músculos se mueven y se contraen una vez muertos. Todos sabemos por experiencia que hay partes que se agitan, se yerguen y decaen a menudo sin nuestro permiso. Y no puede decirse que sean nuestras esas impresiones que sólo nos afectan superficialmente. Para hacerlas nuestras, es preciso que el hombre se vea comprometido por entero; y los dolores que siente el pie o la mano mientras dormimos no son nuestros.

Cuando estuve cerca de mi casa, adonde había llegado ya la voz de alarma por mi caída, y hubiéronme recibido mis familiares con los gritos acostumbrados en estos casos, no sólo respondí algo a lo que me preguntaban, sino que incluso dicen que me apresuré a ordenar que dieran un caballo a mi mujer, a la que veía hundirse y engancharse en el camino que es montuoso y agreste. Parece que esta consideración debiera partir de un alma despierta; mas es el caso que no lo estaba en absoluto: eran pensamientos vanos, nebulosos, producidos por los sentidos de la vista y del oído; no provenían de mí. No por ello sabía ni de dónde venía ni adónde iba; ni podía pensar ni considerar lo que me preguntaban: eran actos livia-

<sup>12</sup> «Medio muertos, los dedos se mueven y cogen el hierro» (*ibidem*, X. 396).

<sup>13</sup> «Los carros armados con hojas de guadaña siegan tan deprisa los miembros que se le ve, según se dice, palpitando sobre la tierra antes de que el dolor de un golpe tan rápido pueda llegar al alma» (Lucrecio, III. 642 y ss.).

nos que producían los sentidos por sí mismos, como por costumbre; lo que ponía el alma de su parte, lo hacía en sueños, impresionada muy ligeramente, y como acariciada y regada solamente por la blanda impresión de los sentidos.

Mientras tanto era mi estado muy dulce y apacible en verdad; no sentía aflicción alguna ni por los demás ni por mí mismo; era una languidez y debilidad extrema, sin dolor alguno. Vi mi casa sin reconocerla. Cuando me hubieron acostado, sentí una infinita dulzura con aquel reposo, pues aquellas pobres gentes habíanme vapuleado horriblemente, esforzándose en llevarme en sus brazos durante un largo y difícil camino, y cansándose por dos o tres veces unos tras otros. Presentáronme gran número de remedios, sin que yo aceptase ninguno, teniendo por cierto que estaba herido de muerte en la cabeza. Habría sido, a decir verdad, una muerte muy venturosa; pues la debilidad de mi juicio me impedía darme cuenta de nada, y la del cuerpo, sentir nada. Dejábame llevar tan suavemente y con tanta dulzura y facilidad, que apenas si conozco otro acto menos pesado que aquél. Cuando reviví y repuse fuerzas,

Ut tandem sensus convaluere mei<sup>14</sup>,

cosa que ocurrió dos o tres horas más tarde, sentí cómo me invadían los dolores, pues tenía los miembros molidos y magullados por la caída; y tan mal estuve dos o tres noches después, que pensé morir otra vez, mas de muerte más viva; y aún me resiento de la sacudida de tal contusión. No puedo olvidar que lo último que recuperé fue el recuerdo de este accidente; y me hice repetir varias veces dónde iba, de dónde venía, a qué hora había acaecido, antes de poder concebirlo. En cuanto al motivo de mi caída, me lo ocultaban en favor del que había sido causa de ella, e inventaban otras. Mas mucho después y al día siguiente, cuando mi memoria se abrió paso y representome la situación en la que me hallaba en el momento en el que vi a aquel caballo abalanzarse sobre mí

---

<sup>14</sup> «Cuando por fin mis sentidos recobraron fuerzas» (Ovidio, *Tristes*, I. III. 14).

(pues habíalo visto pisándome los talones y me di por muerto aunque esta idea fuera tan súbita que el miedo no tuviera tiempo para tomar cuerpo) pareciome que era un relámpago que me sacudía el alma y que volvía del otro mundo.

Harto vano sería este relato de acontecimiento tan liviano si no fuera por las enseñanzas que de él saqué para mí; pues, ciertamente, estimo que para familiarizarse con la muerte, no hay sino haber estado cerca de ella. Y como dice Plinio, cada cual es para sí mismo muy buena materia de estudio, con tal de que tenga la capacidad de observarse de cerca. No se trata aquí de mi ciencia, sino de mi estudio; y no se trata de la lección de otros, sino de la mía.

Y por lo tanto no se me debe reprochar que la comunique. Lo que a mí me sirve puede servir quizá a otro. Por otra parte, nada robo, sólo uso lo que es mío. Y si hago el loco, es a expensas mías y sin perjuicio de nadie. Pues es locura que en mí muere sin más consecuencias. Sólo tenemos noticias de dos o tres clásicos que hayan explorado este camino; y además no podemos decir si lo han hecho de esta misma forma, pues no conocemos más que los nombres. Desde entonces, nadie ha seguido sus pasos. Espinosa empresa es, y más de lo que parece, el seguir andadura tan vagabunda como la de nuestra mente; el penetrar en las opacas profundidades de sus repliegues internos; el escoger y captar tantos y menudos aires de sus agitaciones. Y constituye nuevo y extraordinario entretenimiento que nos aparta de las ocupaciones comunes del mundo, y de las más estimadas. Hace varios años que soy yo el único objetivo de mis pensamientos, que no analizo ni estudio sino mi propia persona; y si estudio otra cosa, es para aplicarla al pronto sobre mí, o mejor dicho, aplicármela a mí. Y no me parece que yerre si, al igual que se hace con otras ciencias incomparablemente menos útiles, participo lo que he aprendido en ésta; a pesar de que no me satisfaga el progreso que en ella he hecho. No hay descripción de tanta dificultad como la de uno mismo, ni ciertamente de tanta utilidad. Ora es menester tantearse, ora ordenarse y colocarse para salir a la luz pública. Y es el caso que me adorno sin cesar, pues sin cesar me describo. La costumbre ha hecho que el hablar de uno mismo sea reprehensible, y prohíbelo con obstinación por odio

a la vanagloria que parece acompañar siempre a los propios testimonios.

En lugar de sonar a un niño, arráncasele la nariz,

in vitium ducit culpae fuga<sup>15</sup>.

Hallo mayor perjuicio que beneficio en este remedio. Mas, aunque fuera verdad que forzosamente fuera presunción el hablar al pueblo de uno mismo, no debería, conforme a mis generales proyectos, negarme a una acción que desvela esa cualidad enfermiza, puesto que existe en mí; y no debo ocultar ese defecto que no sólo tengo por costumbre sino del que hago profesión. Sin embargo, si he de decir lo que pienso, esa costumbre hace mal en condenar el vino porque muchos se embriaguen con él. Sólo se puede abusar de las cosas que son buenas. Y estimo que esa regla no afecta más que a la debilidad popular. Son bridas para los terneros, con las que no se bridan ni los santos, a los que tanto oímos hablar de sí mismos, ni los filósofos ni los teólogos. Tampoco yo lo hago aunque tan lejos esté de unos como de otros. Si no escriben exactamente de ellos, al menos, cuando la ocasión los empuja, no dudan en lanzarse muy adelante a la pista. ¿De qué habla Sócrates más ampliamente que de sí mismo? ¿Hacia qué tema dirige las charlas de sus discípulos con más frecuencia que a hablar de ellos, no de las enseñanzas de sus libros, sino del ser y de los movimientos de su espíritu? Nos descubrimos religiosamente ante Dios y ante nuestro confesor, como nuestros vecinos<sup>16</sup> ante el pueblo. Mas sólo decimos las acusaciones, me alegrarán. Decimos todo, pues: ya que nuestra misma virtud es pecadora y puede arrepentirse. Mi oficio y mi arte es vivir. Quien me prohíba hablar de ello según mi entender, experiencia y costumbre, que ordene a la arquitectura hablar de los edificios no según ella, sino según el vecino; según la ciencia de otro, no según la suya. Si es vanagloriarse el publicar los propios valores, ¿cómo no expo-

<sup>15</sup> «Por miedo al pecado, llegamos al vicio» (Horacio, *Arte poética*, 31).

<sup>16</sup> Alusión a la confesión pública de algunos protestantes.

ne Cicerón la elocuencia de Hortensio<sup>17</sup> y Hortensio la de Cicerón?

Quizá quieran que dé testimonio de mí, con obras y hechos, y no sólo con desnudas palabras. Pinto principalmente mis pensamientos, objeto informe, que no puede reducirse a producto artesanal<sup>18</sup>. A duras penas puedo meterlo en ese cuerpo etéreo de la palabra. Algunos de los hombres más sabios y más devotos vivieron huyendo de cualquier hecho evidente. Los hechos hablarían más acerca del destino que acerca de mí. Dan testimonio de su papel, no del mío, a no ser por conjeturas y de forma incierta: retazos de una exhibición particular. Me expongo por entero: como una anatomía en la que a primera vista aparezcan las venas, los músculos, los tendones, cada pieza en su lugar. La acción de toser mostraría una parte; la de palidecer o el latir del corazón, otra y de forma dudosa.

No describo mis gestos sino a mí mismo, mi esencia<sup>19</sup>. Sostengo que se ha de ser prudente al juzgarse uno mismo e igualmente serio al dar testimonio, ya sea elevado, ya sea bajo, indistintamente. Si me pareciera bueno y sabio, o algo parecido, lo proclamaría a voz en grito. Decir menos de uno mismo de lo que se es es necedad y no modestia. Considerarse menos de lo que se vale es cobardía y pusilanimidad, según Aristóteles. Ninguna virtud se beneficia de la falsedad; y la verdad jamás constituye materia de error. El decir de uno mismo más de lo que se es no siempre es presunción, a menudo también es necedad. Estar en extremo satisfecho de lo que se es, caer en un amor insensato de uno mismo es, a mi parecer, la substancia de este vicio. El remedio supremo para curarlo es hacer todo lo contrario de lo que aquéllos ordenan, los cuales, al prohibir hablar de uno mismo, prohíben aún más por consiguiente, pensar en uno mismo. El orgullo reside en

---

<sup>17</sup> Orador contemporáneo y rival de Cicerón.

<sup>18</sup> Obsérvese de nuevo la lúcida conciencia de Montaigne ante su tarea de escritor, que le lleva, en este caso, a expresar con absoluta claridad el carácter asistemático y fragmentario de su discurso.

<sup>19</sup> Cfr. nota anterior y véase asimismo el progresivo adueñamiento de la escena textual por parte del yo.

el pensamiento. La lengua sólo puede tener muy poca parte. Ocuparse de uno mismo les parece que es complacerse en uno mismo; tratarse y observarse, quererse demasiado. Puede ser. Mas ese exceso sólo nace en aquellos que se palpan superficialmente, que se miran después de sus asuntos, que a ocuparse de sí mismos llaman ociosidad y fantasía, y a formarse y construirse hacer castillos en el aire: considerándose cosa secundaria y ajena a ellos mismos.

Si alguien se embriaga con su ciencia al mirar a sus pies, que vuelva los ojos hacia lo alto, hacia los siglos pasados, bajará las orejas viendo a tantos genios que pueden pisotearlo. Si cae en jactanciosa presunción de su valor, que rememore la vida de los dos Escipiones, de tantos ejércitos, de tantos pueblos que tanta ventaja le sacan. Ninguna cualidad particular enorgullecerá a aquel que considere de tarde en tarde tantas otras cualidades débiles e imperfectas como en él existen, y al cabo, la miseria de la condición humana.

Porque sólo Sócrates había obedecido ciertamente el precepto de su Dios de conocerse a sí mismo, y mediante ese estudio había llegado a despreciarse, sólo él fue considerado digno del apodo de Sabio. Quien así se conozca, tenga la osadía de darse a conocer de sus propios labios.